

EL MÉDICO

Un día mi madre tuvo sangrado vaginal. Dos veces. Fuimos al médico del Seguro quien le hizo unos análisis y pruebas. Luego nos firmó un volante para el Instituto Oncológico. Corrían los años 70.

1

El oncólogo de turno examinó los análisis, hizo una exploración corporal a mi madre y dictaminó que tenía cáncer de ovario. Así, como si pudiera ver a través de la carne. No sólo nos aplastó con esa seguridad absoluta sino con su sentencia: había que operar con cierta urgencia y quitarle los órganos afectados, por lo que decidió su ingreso en el hospital en el acto.

Allí quedó mientras nosotros, los hijos, con el alma en vilo, íbamos a casa a buscarle ropa adecuada y sus cosas de aseo. Cuando volvimos, ya le habían puesto la bata igualitaria reglamentaria, que a mí me pareció carcelaria, quizá porque era la primera vez que pasaba por una experiencia hospitalaria. La enfermera al mando puede que tuviera la preparación técnica necesaria pero distaba de ser una persona con el talante adecuado para atenuar el choque emocional que tan tremenda noticia produce en el enfermo y familiares. “Tienen que vaciarla”, añadió, para que no hubiera dudas. De forma escueta y fría dijo esa palabra terrible y estremecedora, como si fuera la cosa más natural del mundo.

¡Vaciar a una mujer! ¡Quitarle su sistema reproductivo, eliminar el crisol donde principian los prodigios...! Era una palabra que siempre me produjo escalofríos porque la asociaba con el vaciado de una habitación o de una bañera. Dejarlas sin contenido, sólo el polvo o la mugre en los rincones. En esa ocasión, resultaba anonadante porque la funcionaria sin bondad estaba hablando de nuestra madre y del jardín de donde surgimos mis hermanos y yo, treinta y tantos años atrás. Aunque ella, obviamente, no iba a tener más hijos, esos órganos a extirpar formaban la parte más importante de su esencia femenina, su yo profundo.

Los acontecimientos se desarrollaban rápido. Demasiadas prisas. Era curioso, por otra parte, que yo pensara más en ese “vaciado” que en el cáncer mismo. La preocupación debería estar matizada de felicidad porque la detección del mal quizá estuviera salvando su vida. Pero no lo sentía así. Me obsesionaba el despedazamiento, por muy necesario que su enfermedad lo justificara.

Durante los días de preparación estuvimos con ella todo el tiempo que permitía el horario de visitas. La espera se hacía en una gran sala descuidada de seducción, con paredes despintadas. Las mujeres deambulaban, unas esperando la operación y otras en el postoperatorio. Mezcladas, cuando, a mi lógica, deberían estar separadas porque sus visiones y esperanzas no eran coincidentes. No es lo mismo el antes que el después. Serían unas quince. Ninguna alegría atemperaba el general descorazonamiento.

to. Había unos bancos de madera sólida, como si las “pre” y las “post”, al sentarse en tal dureza, hubieran de rendir penitencia por haber caído no en una infección sino en un pecado. No pude evitar una sensación perturbadora: la semejanza de esa sala a un campo de leprosos, aquellas adonde se metían para siempre tanto a los grandes contagiados como a los leves.

Mi predisposición a la observación de los lugares y las gentes se incrementó. Miraba a esas mujeres y no veía felicidad en ninguna. Sus caras estaban agredidas de resignación e infelicidad. Mi madre tenía un carácter fuerte, que manejó durante toda su vida. Pero allí estaba amilanada, contenida de iniciativas, confiada en sus hijos. Como muchas de las enfermas, daba por hecho que lo indicado por el médico era el único e inevitable camino para salir del trance. Y más al ver que nosotros lo avalábamos con nuestra aceptación. No estaba yo seguro, sin embargo, de que estuviéramos haciendo todo lo necesario. Me veía girando en una rueda imparable, como si nuestras vidas no nos pertenecieran.

2

En general, y al contrario que nuestra madre, pocas de esas mujeres recibían visitas, al menos no diariamente. En la espera acoquinada, ella hizo migas con un par de pacientes. Ambas habían sido operadas y estaban en la pertinente observación. El sufrimiento era palpable en sus rostros y explícito en sus palabras. Con ojos llantosos, lamentaban haberse operado porque tenían muchas molestias, cuando no dolores. Cada día y cada noche. Algo que no tuvieron antes de la operación. Les decían que aquello era pasajero, que les llegaría la calma, que tuvieran paciencia.

¿Esa era la solución? ¿Salvarse del cáncer a cambio de una vida en sufrimiento, quizá? Pero, ¿qué podíamos hacer? ¿Existía otra posibilidad? Deberíamos consultar. ¿Con quién, si especializados en la materia nos decían el camino a seguir? Estábamos en el Centro donde deberíamos estar. Por lógica, no había otro más adecuado para atajar el mal terrible.

Aquel día, sentado a su vera en el tablón, mi madre nos dijo que seguramente la operarían al día siguiente. La miré. En sus ojos azules estaban todos los paisajes bellos del mundo, aquellos que recorrió en su niñez alegre y que tanto bien nos hizo en la nuestra. Tenía la expresión calmada y dulce, tan de ella. La tremenda situación no había desalojado de tibias sonrisas su bello rostro. Sentí una enorme impotencia. No podía ser. Tenía que hacer algo. Y de pronto supe qué era.

oooOOooo

El médico de cabecera nos recibió. No era el que manejó el asunto sino el de siempre, el que teníamos antes de que nos lo cambiaran. Uno de los “médicos de familia”, como antes se decía. Nos había tratado durante buena parte de nuestra vida. Era un hombre de baja estatura, años acumulados y gafas incrustadas. Tenía la pátina de los médicos de antaño, aquellos que de niños recibíamos casi con unción porque a nuestros ojos eran depositarios de todo el saber sobre las enfermedades. Podía pasar por científico o astrónomo ya que exhibía ese aire de perplejidad de quien sabe que apenas sabe. A la sazón, su pequeña cabeza se aureolaba de ondas plateadas. Aun sabiendo que ya no

era nuestro médico, nos ofreció su tiempo, no sin antes preguntar por nuestra madre, a quien no veía desde tiempo atrás.

-Y bien. ¿Quién de los dos es el enfermo?

-Ninguno. Venimos a buscar un consejo.

Nos miró con interés renovado y dejó correr un puñado de segundos.

-¿Sabéis? Hace mucho que nadie viene pidiendo eso. Todos llegan prestos a volcar sus enfermedades reales o teóricas, buscando medicinas, recetas con qué aliviarse. Quizá la culpa es nuestra, de los médicos. Tenemos poco tiempo para escuchar. Todos hemos caído en las prisas. Por tal razón, oíros decir eso me hace recuperar la ilusión por esta profesión. Un consejo... Me cuesta creerlo... -Nos ofreció otra pausa-. Bien. Decidme.

Ya informado, se levantó del sillón y llevó su magro cuerpo hasta la ventana. No podía ver nada porque los cristales eran esmerilados. Habló como si el vidrio fuera el interlocutor.

-¿Qué dijo el ginecólogo?

-No hubo tal. El colega de usted nos envió directamente al oncólogo.

-¿Ha vuelto a sangrar? -preguntó, tras una pausa sostenida.

-No.

-¿Dolores?

-Tampoco.

-¿Se le hinchan las piernas?

-No.

-¿Ha perdido peso?

-No tenemos constancia.

Se dio la vuelta y volvió a su asiento.

-Soy un simple médico de general. La medicina va mucho más rápida que yo. Hay grandes avances en cirugía y en tratamientos cautelares y paliativos. Y vuestra madre está en el lugar adecuado. ¿Quién soy yo para poner dudas sobre dictámenes de especialistas? Pero me pedís algo que me ha emocionado. Un consejo. Y os lo daré.

“No podemos dudar de que los cirujanos operan cuando tienen claro el diagnóstico. Está, además, la cirugía preventiva, algo que, justo es decir, salva vidas. Pero también es cierto que en ocasiones es innecesaria. Y que hay a quienes les gusta mucho operar. Puede que ya sea demasiado viejo, pero para mí las intervenciones quirúrgicas son el último recurso, cuando ya no existen otras salidas, cuando las demás posibilidades están agotadas. -Parecía que no modulaba las palabras sino que salían destiladas directamente de su cabeza-. Por lo que me decís, quizá pudiera haber cierta precipitación en el médico al mando. Yo le haría antes otros análisis y le daría tiempo. Unos días más no empeorarán su situación y a lo mejor el diagnóstico no es tan concluyente. Pero claro... Yo no soy el especialista...”

Había dicho lo suficiente.

oooOOOooo

La enfermera despiadada puso expresión de sorpresa en sus ojos.

- No se la pueden llevar. Tiene que operarse.
- Se viene con nosotros en cuanto se vista.
- Ni hablar. No pueden hacerlo.
- No entiendo que no entienda lo que digo. Nos la llevamos a casa. Ya.
- Se lo diré al doctor.

A través de ella, el médico nos pidió que fuéramos a verle. Era el titular o el director o quién sabe quién. En el sombrío despacho su bata blanca resaltaba como un fantasma en un castillo escocés. En la sesentena y de mediana estatura, expandía gravedad en su rostro, genuina o impostada, dejando claro que allí no había más mando que el de él. Exhibía el argumento irrefutable de su oficio y de su relevancia social secular, condiciones que tanto imponían a la gente llana desde el principio de los tiempos y que a veces resultaba amedrentadora, impresión que tuvimos en ese acto.

-No os podéis llevar a vuestra madre –excretó, sin darnos la mano ni ofrecernos asiento-. Me opongo.

-¿Por qué se opone?

-Tiene cáncer y puede morir. Sé lo que digo. Soy ginecólogo-oncólogo y me secunda un equipo de eficientes especialistas. Ella está ahora y por suerte bajo mi responsabilidad. Vosotros no estáis capacitados para decidir, no tenéis conocimientos, no lo entendéis. Debéis dejarnos hacer a los profesionales.

Era absurdo. Ciertamente que no lo entendíamos, pero desde otra perspectiva. ¿A tanto llegaba la responsabilidad de un médico que intentaba imponerla a los familiares, y de esa forma?

-Es usted quien parece no entender. Nos la llevamos. Nos hacemos responsables.

-¿Asumís el riesgo de que vuestra madre muera por no extirparle el cáncer que tiene? ¿Qué creéis que hacemos aquí? No operamos por operar. Salvamos vidas.

-Correremos ese riesgo.

De repente, y tras un silencio valorativo, nos soltó un discurso sobre la cantidad de mujeres que vivían gracias a su dedicación y las muchas que pasaron a mejor vida al haberse negado a ser intervenidas.

-¿Hace usted seguimiento de las mujeres que no se operan? –preguntó mi hermano, admirado-. ¿Les sigue el rastro?

El interpelado mostró sorpresa y duda en la mirada. Su respuesta fue un modelo de oportunismo verbal.

-Nos llegan noticias de algunas... Siempre hay familiares que hablan... Qué más da. Lo damos por descontado. Ello nos afirma en nuestra determinación. Vuestra madre irá a peor y luego no habrá remedio.

-En su momento volveremos a decidir. Ahora no se opera.

No hubo la normal despedida. Se giró bruscamente hacia la mesa y hurgó en los papeles, dando por terminada la conversación. Su incomprensible frustración le impidió ver que su comportamiento era inadecuado, al margen de nuestra decisión. Supimos luego que era asturiano, lo que de nada sirvió ante los prejuicios e intereses. No fue diferente la posición de la enfermera. No dijo nada, pero nos obsequió con una mirada más fría que la atmósfera de Júpiter. Las dos mujeres amigas lloraron al abrazar a mi madre. Fue doloroso observar su congoja.

-Es muy afortunada teniendo esos hijos. Ojalá yo hubiera tenido quien me librara de la operación. La felicito, pero no lo deje. Cuídese. Mucha suerte.

Nos acompañaron hasta el final del pasillo. Su imagen de indefensión, soledad y desesperanza no tiene cabida en el olvido.

Mi madre no volvió a sangrar después de aquellas dos veces, ni tuvo dolores ni molestias en sus zonas íntimas. Nunca padeció de cáncer ni le aparecieron tumores en ningún sitio. Iba al váter con regularidad y sus sistemas abdominopélvico y genitourinario le funcionaron con normalidad. Murió en edad avanzada, treinta años después, por otras causas. Tuvo tiempo de disfrutar de cosas que dejó interrumpidas en su juventud primera, arrebatadas por la guerra y la larga posguerra. Cada año iba a Asturias cuando los calores. Allí encontraba sus eslabones perdidos y los guardaba en sus miradas. Muchas veces recordó a aquellas dos amigas desconsoladas y, al hacerlo, dejaba que su mirada se perdiera en silencios reflexivos.

Una semana después de los hechos narrados, la acompañamos a ver al médico de familia, su médico, el que nos dio el consejo. Ya no estaba. Ni allí ni en ningún otro ambulatorio. Nunca volvería. Mi madre no era religiosa. No iba a la iglesia, excepción de bautizos o funerales, aunque respetaba que otros lo hicieran. Pero tenía la religiosidad sembrada de los pueblos viejos, herencia de siglos. En sus conversaciones decía cosas como: "Que Dios se lo pague" o "Vaya con Dios" o "Que Dios no lo quiera", pero no como frases hechas sino sintiéndolas. Tenía la convicción de que Dios estaba al quite y obraba en consecuencia con su petición. Por eso, durante los años posteriores, mi madre mantuvo la creencia de que Dios concedió al viejo médico ocasión de hacer una buena obra antes de llamarle a su lado: la de aconsejarnos que interrumpiéramos una cirugía que la libró de padecimientos y que el tiempo demostró innecesaria.